

(*"Nuevo Mundo, Madrid, 14 de febrero 1919"*)

6-29

Tomo XVII



Incluido en O.C. Tomo XVII

En los capítulos XIX á XXIV del *Exodo* se nos cuenta cómo Moisés subía al Sinaí, donde Jehová bajaba á él, y cómo acabó dándole unas tablas de piedra y los mandamientos de la ley escritos en ellas (cap. XXIV, v. 12). Ello entre fuego, de que salía humo como de un horno y estremecimiento de la montaña (XIX, 18). Y cuidado con que el pueblo subiese ni tocase siquiera á la montaña, porque quien la tocase moriría (XIX, 12). Temblaba el pueblo de que le hablase directamente su Señor, y pedía medianero, ministro de él, porque el que hablaba con Dios se moría (XX, 19), lo mismo que el que le veía.

Aquel Dios absoluto del Antiguo Testamento, de la Vieja Ley, á quien no se podía mirar ni hablar con él cara á cara, dió á su pueblo unas leyes escritas y en tablas de piedra, unas leyes de piedra. *Scripta manent* —se dice— *verba volant*: lo escrito queda; las palabras se las lleva el aire. *Volat irrevocabile verbum*, decía Horacio: la palabra vuela sin que se la pueda recoger. ¡Y, sin embargo!...

Seguían á Jesús, el Redentor, muchas gentes de Galilea y de Decápolis, y de Jerusalén y de Judea y de la otra parte del Jordán, pobre «chusma encanallada», hambrientos de pan y de palabra, no de ley ni de orden, y Jesús, «viendo las gentes, subió al monte, y sentándose allí, se llegaron á él los discípulos, y abriendo la boca, les enseñó diciendo» (Mat., V, 1-2) el Sermón de la Montaña, que es el espíritu, más que la letra, del cristianismo.

El Dios de Moisés y de su pueblo bajó á la montaña y bajó consigo, ó echó al mundo como un aerolito, como una piedra de rayo, las tablas de piedra en que estaba escrita la ley de piedra, la ley escrita, que es de piedra siempre. Y esa piedra pesó sobre el pueblo, y esa ley, como sabía muy bien Pablo de Tarso, el gran anarquista, le hizo esclavo. Jesús, el Hijo del Hombre, el Hombre, la Humanidad más bien, no bajó de la montaña, sino que subió á ella y en ella se sentó, y sentado en ella, familiarmente, como un maestro de escuela entre sus alumnos, sus alimentados, no grabó mandamientos en piedras, ni siquiera los escribió, sino que dió al aire de la montaña y del valle palabras que ese aire llevó sobre la tierra toda como lleva las semillas de las flores y de los frutos. ¿O acaso, como las aves llevan semillas de rosas, llevaron aves invisibles aquellas palabras que eran semillas?

El Dios del pueblo de Moisés era escritor; Jesús no escribía, y menos en piedra, sino que hablaba. Como que él mismo era la palabra y no el escrito; era el *Logos* y no la *Grafe*. Sólo una vez nos cuentan los Evangelios que escribió, y fué con el dedo desnudo, sin caña ni tinta, y en el polvo del suelo, arregándose á tierra al escribir así, para enseñarnos la humildad del mensajero y oficio de escritor. Y esto lo hizo al perdonar á la adúltera (Juan, VIII, 1-11). Y no se nos dice qué es lo que escribió así en tierra, doblegándose á ella al escribir. Y lo que así escribió se ha borrado, mientras quedan las aladas palabras que dió al viento, que las llevaba á los corazones de los que las oían, sentado en lo alto del monte á que subió ó hizo subir á sus dis-

cipulos. El polvo de aquella tierra en que escribí ha sido más volandero que las palabras de la montaña. Verdad es que no se puede grabar en el polvo como se graba á fuego de rayos en unas tablas de piedra. Con el dedo con que se cura al ciego tocándole con saliva en los ojos (Juan, IX, 6-7), no se puede grabar á fuego leyes en unas tablas de piedra. La yema del dedo dulce como toda yema, no es la punta acerada de un estilete ni la de una daga. A yema de dedo, y más dulcificada con saliva se da vista á ciegos; pero leyes, leyes que no dan vista por mucho que traten de enderezar entuertos, leyes se dan á espada. Y nadie le abrió nunca la vista á otro con una espada. A la suma, la espada deslumbra pero no alumbrana nunca. Como espadas encendidas, que se revolvían á todos lados, le puso Jehová á unos querubines, es decir, á unas esfinges — pues el querubín era lo mismo que la esfinge — á la puerta del Edén, para que guardaran el camino del árbol de la vida, luego que hubo echado de él Adán y á Eva (Gén., II, 24). ¡Y quién sabe si no fué con esas espadas de fuego de sus querubines, de sus esfinges, con las que grabó los mandamientos en las tablas de piedra de la ley! Lo seguro es que no las grabó con las dulces yemas rosadas de los dedos de su Hijo el Hombre.

Y nos parece ver que cuando Jesús, sentado en la cumbre de la montaña, la que con la turba hambrienta de palabra había subido, daba al aire soleado su sermón eterno, abriendo sus brazos en gesto de fraternal homilía, y abría las manos de sus brazos y mostraba al sol las diez yemas rosadas de sus dedos.

Homero le llama á la Aurora la de los dedos rosados: *rododáctilos*. Pero la Aurora calla; la Aurora no está dotada de palabra. Jesús, Aurora de la Vida Nueva, era la Palabra que

hablaba sentada — sentada, y no de pie —, mostrando como rosario al sol la decena de rosas de las yemas de sus dedos.

Habló Jesús desde la montaña sentado, y murió en la montaña de pie. Enseñó sentado en la tierra mollar de la montaña de seguro que sobre algún ribazo vestido de hierba verde fresca y mullida, trono de su magisterio, y murió de pie y clavado á una tabla, no de piedra, pero sí de ley; á una tabla de leño, y para que la ley se cumpliese. El madero en que murió era de ley; era ley aquel madero. Y toda ley escrita no es más que cruz, y no siempre, sino muy pocas veces, cruz de redención.

«Orden!, ¡orden!, ¡orden!», claman los escribas y fariseos de la ley antigua, del viejo régimen, y bajan de la montaña en vuelta en humo tablas de piedra de la ley, de la ley de piedra, y en tanto la palabra sale de entre las turbas y sube á la montaña, no baja de ella, y habla sin brillo de espadas, pero con florecer de yemas de dedos desnudos.

Entre las cosas que Jesús dijo desde la montaña á que subió para hablar sentado en ella, fué esto: «No juzguéis, para que no seáis juzgados, porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados, y con la medida con que medís os medirán á vuestra vez» (Mat., VII, 1-2). Y así será.

MUERTE DE UN PRÓCER



D. Mariano Fernández de Henestrosa y Mloño, duque de Santo Mauro, que ha fallecido en Madrid, siendo su muerte muy sentida

6-49